



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Morales Sales, Samuel
Acerca de los estudios sobre el futuro
Ciencia Ergo Sum, vol. 7, núm. 1, marzo, 2000
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401703>

- ▶ [Cómo citar el artículo](#)
- ▶ [Número completo](#)
- ▶ [Más información del artículo](#)
- ▶ [Página de la revista en redalyc.org](#)



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Acerca de los estudios sobre el futuro

SAMUEL MORALES SALES*

Recepción: 29 de noviembre de 1999

Aceptación: 10 de diciembre de 1999

About Future's Studies

Abstract. *The aim of this article is to present to local and non specialists readers a new field of knowledge: The studies about the Future. Taking in consideration that anxiety of man to know what is going to happen in the near, in the middle and in the long-term, future is a constant among every social group. Some scholars have proposed that we must think seriously about what kind of world we will inherit to future generations. The text remember that thirty year ago a group of european intellectuals (Club of Rome) predicted that by the end of this century the whole world would have a severe nourishing crisis due to the population growth, and to the lack of sources of energy, but also to the raid of an intolerable pollution. The MIT made also several predictions in the same direction, and some scholars thought that a Third World War between socialist and capitalists countries would be inevitable by the same time. Finally, the text propose a reflection about the studies of the future and Latin American societies.*

I. Las previsiones sobre el futuro

La inquietud por conocer qué ocurrirá en los tiempos por venir, pensada desde los *presentes* que se viven cotidianamente, es muy antigua en el hombre, y tanto culturas no literarias como civilizaciones altamente desarrolladas nos han legado un vasto conjunto de respuestas sobre ese tópico. Se trata de una preocupación que también existe en todo individuo, en toda persona con inteligencia e información medias, que aparece incluso desde la etapa de la niñez en que adquirimos consciencia de nuestra individualidad y de que estamos destinados a crecer y transformarnos físicamente de manera paulatina. Querer saber cómo seremos cuando crezcamos, señalar qué queremos ser cuando seamos adultos, qué haremos cuando alcancemos nuevas etapas de nuestra vida, prever cómo se desarrollará ésta, cómo será nuestro entorno social, y otras preguntas similares nos acompañan a lo largo de nuestra existencia y, en muchos pueblos e

individuos, se constituyen en verdaderas angustias relacionadas directamente con uno de los aspectos más interesantes de las creencias religiosas: tratar de saber qué pasará después de que dejemos de existir.

En muchos sistemas religiosos se considera que la vida material, es decir, el periodo que media entre nuestro nacimiento y nuestra muerte –y hasta ésta misma– son tan sólo etapas previas a una *vida eterna* en la que se recibirá un castigo o una recompensa, según haya sido la conducta observada durante la vida real. Los antiguos mexicanos consideraban que según el tipo de muerte de algún individuo, así sería el destino del alma del difunto; si un guerrero moría en el campo de batalla, su alma regresaría a la tierra convertida en mariposa o en colibrí; si el muerto había fallecido por ahogamiento, su alma alcanzaría el paraíso terrenal, Tamoanchán, un jardín lleno de flores, de mariposas, de aves cantoras, de árboles, de cantos y juegos y felicidad eterna; si una mujer moría durante el parto, su alma iría a formar parte de un cortejo femenino que se consideraba acompañaba al sol del ocaso hasta su “inmersión” en la tierra. Una persona que fallecía de muerte natural iría al Mictlán, al inframundo, un lugar sin puertas ni ventanas, de absoluta obscuridad, en donde finalmente desaparecería en la nada, pero para alcanzarlo debía iniciar un largo viaje –realmente una alegoría del peregrinaje que el pueblo azteca había realizado durante una etapa de su formación como cultura específica y que conservaba en su memoria colectiva–, que concluiría al atravesar a nado un río llamado Chiconahuapan, ayudado por un perro de pelaje amarillo (Krickeberg; 1971: 34-39).

La suerte del mundo como totalidad, y en el marco del futuro, también ha sido objeto de previsiones entre muchas culturas. Las creencias judeo-cristianas plantean que el mundo terminará cuando se presenten los Cuatro Jinetes del

* Facultad de Derecho, Universidad Autónoma del Estado de México. Tel.: (7) 214 43 72 y 214 43 00. Correo electrónico: esamorales@coatepec.uaemex.mx

Apocalipsis y terminen con toda forma de vida y de cosas; a su llegada habrá de venir también un juicio final en el que se repartirán premios o castigos para quienes alguna vez tuvieron vida. En Mesoamérica muchos pueblos tenían la certeza de que el mundo terminaría en la era Nahui-Ollin, *Cuarto Movimiento de Tierra*, es decir, por la acción de poderosos cataclismos fatales e inevitables (León Portilla; 1983: 471-473). Infinidad de “visionarios”, en muchas épocas históricas y de muchas latitudes del planeta, han vaticinado la destrucción del mundo en algún futuro, en algún tiempo incierto de los siglos por venir, pero no han faltado los que señalan fechas exactas para que ello ocurra, y hasta en nuestros días, para muchos “profetas”, “adivinos” y charlatanes, 1999 era el año último de la existencia de todo género de vida y de destrucción definitiva del mundo.

Naturalmente, existe una gran diferencia entre las previsiones especulativas tanto de lo que ocurrirá en la vida de un individuo, de un pueblo, del mundo o después de que hayan dejado de existir, y lo que racional y objetivamente podemos esperar de los tiempos por venir. Adivinar el futuro mediante una bola de cristal o consultando objetos creídos mágicos, de los que se dice se escuchan o descubren dictados, es algo totalmente diferente al proceso psicológico, al mecanismo del cerebro humano para pensar acerca de todo tipo de tiempo futuro. Ese mecanismo es, desde luego, considerablemente complejo, pero en la mayoría de los individuos constituye algo de lo que estamos completamente inconscientes. Consideramos que el día de mañana existirá porque las experiencias que vivimos cotidianamente, también ubicadas en el inconsciente, muestran que la alternancia día-noche no sufre trastornos tan graves ni tan frecuentes que le hagan perder su regularidad. Cada mañana esperamos que exista una tarde, luego una noche y posteriormente un nuevo día. Tenemos la certeza de que nuestro entorno cambia periódicamente porque vivimos –también de manera frecuentemente inconsciente– los ciclos de las estaciones del año que nuestro planeta desarrolla al realizar su órbita alrededor del Sol, bien que el conocimiento científico sobre los movimientos de rotación de la Tierra sobre su propio eje y de traslación en torno al Sol es algo que sólo después de la Edad Media se aceptó en la cultura occidental como conocimiento cierto y válido (Russell, 1974: 29).

Pero, en general, los individuos y los pueblos esperan que en alguna época se alternarán los cambios observables físicamente: las épocas de lluvias o de sequías pueden alcanzar en muchos lugares décadas de duración, no obstante se piensa siempre en que, en un futuro, las cosas cambiarán. Saber cómo, exactamente, se presentarán en el porvenir estas últimas es algo que nadie puede todavía señalar, aunque mu-

chos individuos y grupos humanos esperan que en un tiempo futuro, impreciso, será un conocimiento alcanzable. Todavía no existen, siquiera, modos exactos y confiables para señalar en qué lugar, cuándo, en qué momento ocurrirá un sismo, pero si pensamos que todo cuerpo en movimiento sufre transformaciones por ese solo hecho, que los movimientos de tierra han ocurrido en el pasado y que también se desarrollan en el presente, el sentido común nos lleva a concluir que los sismos podrán ocurrir en el futuro. En esa materia, no deja de ser interesante observar que nuestras ideas sobre el futuro reposan básicamente en nuestras formas de percibir los hechos del pasado; es decir, según como hemos vivido los hechos de nuestros múltiples presentes nos formamos nuestras ideas sobre el pasado, que esperamos se repetirán en el futuro de manera semejante, por lo menos en sus líneas generales, aunque suficientemente transformados para que constituyan el futuro.

Confiamos en que el día de mañana, la semana siguiente, el año próximo o dentro de diez o cien años, las cosas del mundo y la vida humana seguirán existiendo, pero no sabemos a ciencia cierta si ellos ocurrirán realmente y menos si nuestras previsiones acontecerán en los términos en como las pensamos. Este género de enigmas nos conducen generalmente a dos posiciones: ya sea a dar por hecho que los acontecimientos del futuro tendrán que producirse de manera necesaria, inevitable, es decir, a tener la certeza de que sí existirán, o bien a pensar que la incertidumbre que les rodea no puede resolverse si no es concluyendo que, como muchas cosas tienen un principio, en algún momento deberán tener también, inevitablemente, un fin. Si en nuestra vida diaria vemos plantas, seres humanos, acciones, acontecimientos que nacen, que aparecen, que comienzan, y que posteriormente mueren, terminan, o desaparecen, lo menos que podemos pensar es que a todas las cosas del mundo también les tendrá que llegar su término; que llegará el fin del mundo, que el fin de la vida es factible, que el fin de los tiempos también puede producirse, y que el fin del universo también acontecerá. René Descartes (1981: 9-40) decía que podemos dudar de todo, pero no podemos dudar del hecho de la duda y, por ello, del pensamiento y a través de éste, de que existimos, pero además todo mundo sabe que tampoco podemos dudar de que lo único científicamente probado e incuestionable es que todos moriremos algún día.

Para el pensamiento que busca apoyarse en el conocimiento científico y en las experiencias que los acontecimientos del pasado nos dejan, prever el futuro, y no adivinarlo, ha sido también motivo de interés. La futurología, los estudios sobre el futuro, han comenzado a desarrollarse desde algunos años, y corren a cargo de

científicos que procuran trabajar en el marco de la inter y de la multidisciplinariedad, aunque entre ellos y los charlatanes de los augurios que nunca se cumplen existe un segmento intermedio de creadores literarios o de autores de gran talento e imaginación que, se estima, se adelantan al futuro mediante la exposición de sus ideas en el presente. Así, se piensa que en épocas pasadas Leonardo da Vinci anunció la llegada de los tiempos en donde el hombre, ayudado por máquinas ingeniosas, podría volar; de Julio Verne se dice que anunció la invención del submarino; la obra literaria de Issac Azimov y la cinematográfica de Stanley Kubrick sobre los hechos del porvenir son generalmente percibidas como un adelanto de la manera en que se desarrollarán las cosas en los tiempos futuros y, dado que se apoyan en datos científicos, se les denomina, precisamente, obras de ciencia ficción.

Por tanto, tratar de conocer el futuro es algo que hoy no aparece como una mera especulación propia de mentes angustiadas u ociosas, sino como una inquietud fundada para saber qué efectos podemos, racional y sensatamente, esperar de las acciones que realizamos en el presente, aunque nuestras conclusiones sean tan solo aproximadas o en ocasiones muy erradas, pero que siempre serán preferibles a dejar que los acontecimientos del mundo ocurran sin atrevernos ya no a actuar frente a ellos, sino siquiera a tratar de interpretarlos en sus efectos reales.

II. Previsiones de hace 30 años

En este contexto habría que recordar que en 1968 surgió en Italia un grupo de intelectuales y académicos europeos convencidos, en esa época, de que la humanidad estaba a punto de entrar en una crisis sin precedentes y de que, para comprenderla y enfrentarla, debían comenzar por ampliar el grupo cooptando a otras personas de visión y de acción de todos los continentes, de todas las culturas y de todos los sistemas de valores que compartieran la idea de que las instituciones políticas tradicionales se habían vuelto incapaces de hacer frente a esa situación y aun de percibir sus tendencias. Ese grupo adoptó el nombre de *Club de Roma* y decidió admitir hasta 100 socios, que no tuvieran participación en las instancias de decisión política, y que no establecieran compromisos ideológicos o nacionales para el grupo. De lo que se trataba era de crear una instancia de reflexión y opinión objetivas y fundadas; algo que ciertamente es difícil de alcanzar especialmente en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades, en donde los intereses y preferencias del observador llegan a mezclarse con los hechos de la investigación con demasiada frecuencia.

Motivado por las previsiones del *Club de Roma*, el periodista Willem L. Oltmans (1975: 20) realizó una polémica película documental que en septiembre de 1971 exhibió la Televisión Nacional Holandesa y que adquirió rápidamente celebridad en Europa. En ella se presentaban entrevistas con varias personalidades del mundo intelectual y académico de los Estados Unidos y del referido continente, en las que vertían sus opiniones acerca de los límites atribuibles a las cosas de nuestro mundo, particularmente al crecimiento en todas sus manifestaciones. En las entrevistas destacaba el pesimismo de los consultados, que preveían condiciones negativas para la humanidad al llegar el final del siglo XX. En los hechos, este tipo de visiones del futuro son tan cuestionables como sus extremos opuestos: las previsiones del optimismo desbordado, de la llegada de los tiempos de la homogeneidad absoluta o del fin de la historia.

Poco tiempo después, sin duda inspirado por estas acciones, el Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) desarrolló un modelo computarizado para el estudio de un sistema complejo, en el que, a partir del sentido común, se elegía cierto número de componentes del sistema para, a través de diversas operaciones, estar en aptitud de prever el comportamiento futuro del sistema si éste continuaba registrando ciertas interacciones entre sus componentes y sus variables. Sintéticamente presentado, el modelo operaba así: a partir del principio de que el mundo constituye un sistema, el MIT escogió cinco variables consideradas principales: población, gasto de capital, recursos naturales, contaminación e inversión de capitales en agricultura. Cada variable se subdividió después en varios factores activos de nivel inferior. En el caso de la población se eligieron las tasas de natalidad y de mortalidad, por ejemplo. Posteriormente se introducían en el modelo estimaciones cuantitativas de la fuerza de las interacciones entre los factores, lo que, teóricamente, al menos, permitiría identificar y determinar cuáles de ellas ejercían mayor influencia sobre los problemas sometidos a la observación mediante el modelo interpretativo.

Para el caso de la contaminación, por ejemplo, se trataba de detectar sus efectos sobre la población, concluyendo que el efecto de la contaminación sobre la tasa de mortalidad no varía uniforme y proporcionalmente a todos los niveles, sino que es muy pequeño, hasta que alcanza un nivel relativamente alto y, a partir de este punto, su capacidad letal crece progresivamente. La hipótesis era inferida de algunos fenómenos, como la gran niebla de Londres de 1952, que se calcula precipitó la muerte de tres mil personas. Siguiendo este razonamiento, el MIT consideró que la validez de la hipótesis consistía en demostrar que el sistema entero

produce un cuadro razonablemente exacto de lo ocurrido a todas las variables sobre las que se pudo reunir información cuantitativa durante cierto periodo del pasado.

Provisto de este modelo, el MIT concluyó su estudio señalando que hacia fines de este siglo –escribo esta colaboración en noviembre de 1999– comenzarían a agotarse los recursos naturales del mundo –particularmente los energéticos no renovables, como el petróleo– los cuales ya no bastarían para mantener una población que habría crecido de manera exagerada –si se quiere, recuperando la tesis anunciada siglos atrás por Malthus–, misma que desde su perspectiva sería “tan numerosa que comenzaría a disminuir espectacular y catastróficamente... Cuando los investigadores alteraron los valores del modelo... lo que resultó fue el aumento de la contaminación en grado bastante para llevar a la catástrofe a la humanidad... ¿qué pasaría si se redujera la tasa de explotación de los recursos naturales y se aumentara la eficiencia de la industria en relación con la producción de la contaminación? La catástrofe se aplazaría por corto tiempo, pero en último término, se llegaría al mismo resultado...” (*ibid.*).

Naturalmente, el propio MIT reconoció rápidamente –ironías de la vida– los límites de su modelo y de su estudio, que pocas personas consideraron contenía predicciones que contarán con apoyos sólidos. El panorama mundial previsto por el MIT no se concretó, aunque los problemas de la contaminación mundial son cada vez más graves y deberían ser objeto de mayores atenciones por parte de sus principales responsables: los sistemas productivos y de embalaje obsoletos que afectan significativamente al entorno geográfico en que se desarrollan.

Como quiera, no puede descalificarse de manera simple ni la inquietud para pensar el futuro, ni el modelo de interpretación propuesto, que sin dudas de ninguna especie, podría muy bien operar en el estudio de algunos sistemas de dimensiones limitadas, considerando tiempos definidos y con elementos significativos y variables bien identificados, para prever su comportamiento en un futuro cercano.

En todo caso, por menos aceptables que pudieran resultar las propuestas del Club de Roma, las de los documentales científicos de la Televisión Holandesa, las del MIT, o las de quienes tratamos de abordar el estudio de los problemas sociales y humanos, expresando nuestras formas de interpretar y concluir sobre el mundo, insistiré en que es obligación nuestra reconocer que este tipo de trabajos son infinitamente mejores que cruzarse de brazos ante los problemas que afectan no sólo a sectores sociales, a grupos humanos determinados, a países en vías de desarrollo o industrializados, sino a la humanidad entera. Por modestos que resulten frente

a las dimensiones y complejidad de los problemas, ese tipo de trabajos tiene, además, la virtud de llamar la atención de la gente sobre las contradicciones que lleva en sí todo intento de organizar la totalidad del mundo, que sigue siendo muy compleja, y las maneras de actuar en él, que aún son parciales y selectivas.

Claro, no deja de ser irónico que lo más destacado de las previsiones realizadas en el pasado cercano es que ningún autor, ninguna instancia, ningún grupo de intelectuales previeron ni el derrumbe del socialismo como sistema económico, político, social y cultural, ni la llamada *globalización de la economía mundial*, ni la condición de potencia mundial única y hegemónica para los Estados Unidos de América. No fueron pocos los autores que veían llegar una Tercera Guerra Mundial que enfrentaría a los países socialistas contra los países capitalistas, pero tampoco los que anunciaban que a finales del siglo XX se desarrollarían luchas cada vez más intensas y severas entre países del hemisferio sur y los del hemisferio norte, es decir entre países pobres y ricos.

Otros autores anunciaron que el mundo contemporáneo avanzaba hacia la condición de aldea global, aunque esta situación es todavía muy parcial y la propia categoría de *aldea* no parece ser la más adecuada para aludir a un vasto complejo de fenómenos económicos y culturales que afectan especialmente a los centros urbanos de varios países. Es claro que podemos declarar o concluir que el mundo se “ha reducido”, o que es una *aldea global*, pero ambas expresiones son alegorías de situaciones particulares en las que resultan involucrados grupos sociales de dimensiones relativamente reducidas, mientras que para enormes masas de la población mundial rural significan poco, y para ciertos grupos sociales (como los marginales), sencillamente nada.

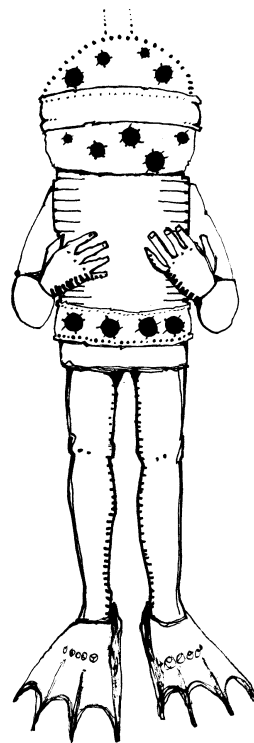
El mundo, sin embargo, no se ha reducido. La revolución de los transportes y de los medios de comunicación electrónicos ha acortado los tiempos de traslado o de interacción comunicativa, pero el mundo conserva sus mismas medidas y todavía es considerablemente amplio. Por su parte, la llamada *aldea global* ni es una aldea ni es total, en tanto que una aldea tiene siempre una superficie geográfica acotada y una población poco numerosa, una economía poco diversificada y poco compleja y sus habitantes se rigen por un sistema de relaciones sociales muy directas e intensas, mientras que en el mundo contemporáneo las relaciones son frecuentemente impersonales, establecidas, mantenidas y concluidas por mediación de una máquina electrónica. Pensemos en el caso de los cajeros bancarios electrónicos, en los que se pueden realizar múltiples operaciones, sin necesidad de entrar siquiera en contacto con otro individuo, por señalar sólo un caso particular.

Las relaciones humanas que se dan en una aldea no son, desde luego, las relaciones que se producen en el mundo contemporáneo. Algunos autores sugieren que se podría, tal vez, pensar en una urbe global, pero aun en este caso los efectos de la globalización sólo cuentan para grupos sociales bastante delimitados y señalados, generalmente, los grupos sociales urbanos y dentro de ellos, a los económicamente más desahogados, mientras que los grupos sociales rurales ni siquiera cuentan (y tampoco interesan) para los promotores de las acciones de la globalización.

Ciertamente es necesario reconocer que si nuestras propuestas de interpretación y de solución resultan cuestionables, por lo menos abren la puerta a la realización de mayor investigación en las materias que abordan pero, cuando la empresa de la investigación está fundada, dispone de una teoría y de una metodología pertinentes, y sus resultados son congruentes y coherentes, pueden no sólo proporcionar principios de explicación que permitan comprender los casos estudiados de mejor manera, sino que además pueden autorizar pasar a las acciones correctivas, por limitadas que éstas resulten, pero que, no puedo dejar de insistir, son mejores que la inactividad.

Por ello hay que observar que muchas de las predicciones establecidas en las décadas anteriores partieron de visiones parciales y poco teorizadas. La realidad es que frecuentemente se actúa frente al mundo como si fuera un objeto único y no un complejo vasto, sumamente discontinuo y diferenciado, especialmente en lo que toca a los grupos humanos que lo pueblan, entre los que existen diferencias profundas que comienzan por las maneras en como lo perciben e interpretan. Otras veces se enfatizaron sólo algunos de sus aspectos, y de esta forma se procedió a realizar sinédoques conceptuales, es decir, a identificar al todo con sólo una (o pocas) de sus partes y, obviamente, las previsiones no podían haber sido sino limitadas y parciales.

En las últimas décadas del siglo XX el mundo presenta un panorama radicalmente distinto al previsto por muchos estudiosos y nadie piensa seriamente en la inminencia de grandes catástrofes. La población mundial, por ejemplo, en términos generales, ha seguido creciendo y la explotación de algunos recursos naturales estratégicos como el petróleo sigue registrando medidas de contención por parte de la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP), que



en septiembre de 1999 anunció limitaciones para la producción petrolera, con el propósito de evitar la reducción del precio de sus productos, de lo cual podemos inferir que las tentativas para dar racionalidad a una parte identificada de la economía mundial, por lo menos, son múltiples y variadas.

III. Atendiendo al futuro

Estudiar seriamente el futuro ha llevado a varias universidades del mundo al establecimiento de programas académicos relacionados, sobre todo en posgrado. Son varias las universidades norteamericanas, europeas, y asiáticas que ofrecen este tipo de estudios y en ellos se estima que los cambios que registra el mundo contemporáneo se deben básicamente a cuatro fenómenos:

- a) A la revolución de la tecnología, particularmente en materia electrónica y de aeronáutica.
- b) A la cada vez mayor interdependencia entre países y pueblos del mundo.
- c) A las prácticas descentralizadoras que varios países han realizado en las materias social e institucional.
- d) Al fin de la Guerra Fría.

Los estudios sobre el futuro distinguen entre lo posible, lo probable y lo preferible; con ello se trata de alertar a la gente de los problemas potenciales a futuro, de proporcionarle mejores niveles de información y de cambiar las formas tradicionales de actuar frente a los hechos que se van presentando en el mundo, de manera tal que se determine qué condiciones son deseables para crear el futuro, en tanto que los cambios son una constante en el género humano y existen épocas en que adquieren mayor velocidad.

Conforme a los planteamientos de la doctora Linda Groff y del doctor Paul Smoker, los estudios sobre el futuro parten del principio de que los hechos del mundo están interrelacionados; no están ni separados ni aislados y, por lo mismo, se requiere estudiarlos desde una perspectiva holística, como sistema total, lo que no significa que se haga abstracción de la multitud de subsistemas integrados en la totalidad. Se estima, igualmente, que el futuro tiene muchas alternativas y por ello se trata de hacer preferible o deseable el futuro más probable, visualizando claramente qué queremos crear, incluyendo los valores que deseamos prevalezcan en el mundo futuro, lo que exige, además, tomar en cuenta la energía, los recursos, el tiempo y la duración de nuestras vidas para crear el futuro.

Pero si existen varios futuros posibles, y si algunos que se piensan poco probables ocurren, ¿cómo afectaría ello a la vida de los pueblos?, ¿cómo enfrentarlos? Otros planteamientos pretenden ayudar a la gente a percatarse de que siempre hay consecuencias de lo que hacemos o de lo que dejamos de hacer, y de que si siempre hacemos lo que siempre hemos hecho, entonces tendremos lo que hemos obtenido hasta el momento. De ahí la importancia de las ideas, de los valores y de las visiones positivas que buscan crear un mejor futuro para el mundo.

De acuerdo con los autores referidos, es deseable que la gente tenga la capacidad de disfrutar, al menos, de un poder de decisión y de acción frente a los problemas que le afectan, para que elija y actúe de manera responsable y consecuente, haciéndole ver que se puede realizar la diferencia; que el futuro no se debe dejar al azar.

La planeación del futuro toma en cuenta varios tiempos: el cercano procura prever los acontecimientos del futuro inmediato y llega hasta un año; el corto pretende determinar los hechos que ocurrirán en un plazo de uno a cinco años; el medio, de 5 a 20 años; el largo de 20 a 50 y, finalmente, el lejano busca identificar los escenarios que se presentarán dentro de 50 o más años.

En ese sentido, las instituciones que promueven los estudios sobre el futuro consideran que se debe impulsar la investigación en materias como el crecimiento demográfico; sobre los fenómenos de la producción de alimentos y sobre el hambre mundial; sobre todo tipo de fuentes de energía; sobre la contaminación ambiental; respecto al desarrollo sustentable y a los cambios climáticos mundiales. Otros estudios recomendados son los que conciernen a las catástrofes globales, a la paz mundial y a los conflictos bélicos entre los pueblos del mundo; los que giran en torno al gobierno mundial y al sistema de las Naciones Unidas; los concernientes a las relaciones entre países pobres y países ricos; al crecimiento de la brecha que se da entre ellos; a la emergencia de los bloques económicos de grandes dimensiones y con tendencia al crecimiento; a las tendencias en materia política y económica; a la expansión y al perfeccionamiento de la democracia como sistema de vida; a los fenómenos de la fragmentación social; a los fenómenos del Estado-Nación centralizado que rompe, diversifica y descentraliza a las sociedades; a los que se producen en los medios e impactan en el cambio de valores, de creencias e identidades, así como a los que tocan los retos que implica el cambio rápido; a los miedos y ansiedades respecto del futuro; a las resistencias frente al cambio.

Es interesante que en nuestra época resurjan los fundamentalismos de muy variada naturaleza y matices. De hecho,

constituyen manifestaciones de las tendencias hacia el conservadurismo o francamente al pasado, que en ciertas edades del hombre y de los pueblos es creído mejor que el presente, más simple, pero al que se le percibe también idílicamente. La simple expresión popular de que “todo tiempo pasado fue mejor” revela ya una idealización del pasado, que naturalmente resulta desconcertante cuando se le estudia en profundidad y en detalle. Pero además, el problema es que no se puede ir al pasado; se pueden repetir situaciones del pasado pero serán siempre experiencias parciales, aisladas, poco duraderas que generalmente desaparecen junto con las generaciones que las promueven. En realidad vivimos los presentes, pero cuando se trata de pensar en otras épocas realmente realizables debemos aceptar que sólo se puede ir hacia adelante, aunque no puede negarse que se puede, y es deseable, llevar al futuro lo mejor del pasado, que no podrá ser la totalidad del pasado, sino sólo algunos de sus rasgos, algunos de sus hechos.

En la percepción de mucha gente del común –y aún para algunos observadores con mayor información, pero con visiones tradicionalistas– el mundo puede cambiar en un plazo breve o está cambiando, pero el hecho es que el mundo ya cambió. En realidad el mundo presente y sus cosas registran cambios sustanciales que van desde la recomposición de los llamados tejidos sociales de muchos pueblos del mundo hasta el impacto en la vida cotidiana de las nuevas tecnologías, como la proliferación de las computadoras y toda su cauda de efectos. Las ciencias naturales y exactas muestran resultados que sorprenden, si bien muchos de ellos ya se habían manifestado con mucha antelación, como la clonación de especies vivientes. Las formas de realizar el trabajo fabril muestran nuevas tendencias no sólo en lo que toca a las maneras de realizarlo físicamente, por ejemplo mediante el uso de los robots en la industria automotriz, sino en sus formas de organización. La fuerza de trabajo femenina y su participación en los espacios educativos es cada vez mayor y todo esto requiere de nuevos estudios que coadyuven a interpretar mejor esas tendencias pero también que expliquen los nuevos fenómenos y su proyección hacia los distintos tiempos del futuro.

IV. Los métodos para estudiar el futuro

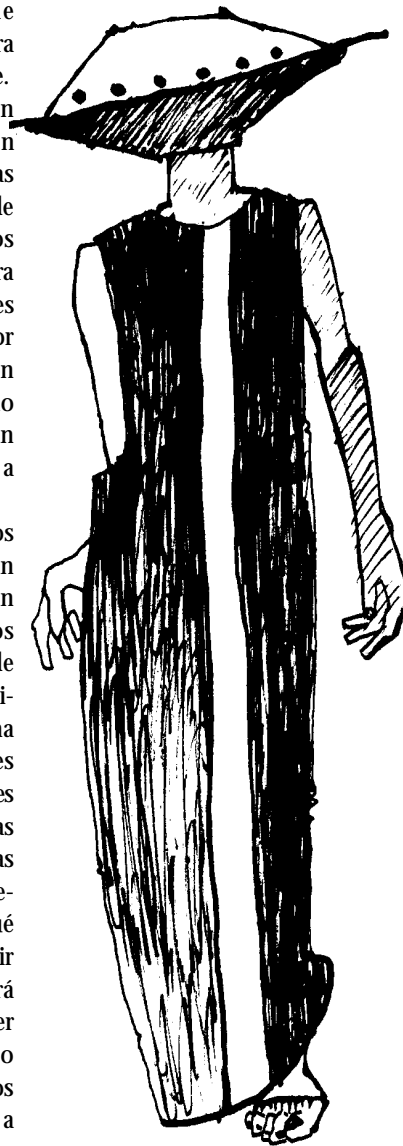
Groff y Smoker sugieren que los estudios sobre el futuro deben realizarse mediante metodologías variadas y diferenciadas; esto es, no resulta positivo limitarse a un solo método de conocimiento. Los métodos, dicen, pueden ir desde los meramente cuantitativos, hasta los visionarios, los creativos, los intuitivos y los que permitan la combinación

entre ellos, en tanto que se trata de ver no sólo el futuro posibles, sino además de diseñar las alternativas posibles de realización de los hechos del futuro, para así tratar de construir el futuro deseable.

Uno de esos métodos consiste en extrapolar las tendencias del pasado, en tanto que se asume que alguna de éstas podría ser la extensión de una o varias de ellas. El diseño de modelos sistémicos mediante el uso de las computadoras, para identificar cómo interactúan las variables que se pueden detectar tanto al interior del sistema como en sus relaciones con otros sistemas, es igualmente un método que puede prever cómo se comportarán los elementos de un sistema sometidos a condiciones y situaciones constantes.

Tampoco se dejan de lado los modelos computacionales que “juegan” o simulan con situaciones probables y que evalúan sus consecuencias más cercanas a los resultados reales. Un método más es el de análisis de impactos cruzados, que considera las formas de interacción de una variable, en una tabla de combinaciones posibles y para cada una de ellas. Otro más es el de los análisis a través de las propuestas de interpretación de expertos en materias diversas, resumiendo y evaluando los resultados reales. La lluvia de ideas sobre qué es lo primero que se piensa va a ocurrir en alguna materia determinada, qué será lo que le suceda y qué ocurrirá en tercer término, se agregaría igualmente como método de conocimiento pertinente a los estudios en cita. El diseño de escenarios a partir de considerar ciertas condiciones iniciales e, incluso, los adelantos de la ciencia ficción, serían también métodos que permitirían adelantar al menos algunas previsiones, como también la observación y el análisis de formas de vida alternativas que desarrolla grupos sociales generalmente considerados inadaptados. Se trata, en última instancia, de propiciar la acción social para intervenir en la realización del futuro, de planear sistemáticamente a corto, a mediano y a largo plazo.

La mayor parte de las instituciones educativas y de los grupos de intelectuales que impulsan los estudios sobre el futuro se ubican en los Estados Unidos –destaca el caso de



la Universidad de Hawaii, que tiene organizados programas de licenciatura y maestría en materia de *Futuro Político* desde 1969–, en Europa y en Japón, pero es interesante observar que el reino de Tailandia dispone igualmente de un instituto de estudios en la misma materia, mientras que en España se fundó en 1973 una asociación privada denominada Centre Catalá de Prospectiva, y la Universidad Metropolitana de Leeds, en el Reino Unido, ofrece un programa de Maestría en Estudios sobre el Futuro; Finlandia y Australia han organizado Institutos de investigación sobre la misma materia. Por su parte, la Organización Mundial del Comercio (OECD) impulsa un Programa sobre los Futuros Internacionales.

Se han creado, además, varias organizaciones internacionales que reúnen periódicamente a los investigadores sobre el futuro como la World Future Society, cuya sede se encuentra en el estado de Maryland, Estados Unidos, y la World Future Studies Federation, que agrupa a investigadores europeos. Ente 1995 y 1999 se han realizado cinco congresos internacionales en el área en los Estados Unidos y tres más con sedes variadas: en 1995 en Kenya, en 1996 en Rusia y en 1997 en Australia. Algunas otras universidades europeas y estadounidenses han creado igualmente programas de doctorado en el área y una red de investigadores de la isla de Wají, Japón, ha propuesto el establecimiento de una universidad interconectada electrónicamente para tratar los estudios sobre el futuro.

El número de obras teóricas acerca de estos estudios todavía es limitado, pero comienzan a constituirse en obras clásicas de los estudios sobre el futuro, como la de Cornish (Ed.), *Introduction to the Study of the Future*, la de Jib Fowles, *Handbook of Future Research*, la de Joseph Coates, *The Highly Probable Future*, la de Willis Harman, *An Incomplete Guide to the Future*, y la de Marion Cetron, *50 Trends Shaping the World*, entre otras. Han comenzado también a circular, cada vez con mayor difusión, las publicaciones periódicas en la materia, como *The Futurist*, *Futures Research Quarterly*, *Future Survey*, *Futuristic* y *Futuresco*, editada por la Unesco, dedicada a re-

producir abstracts de artículos y libros sobre la materia, así como diversas revistas. Muy pocas de esas publicaciones circulan en nuestro país y, cuando ello llega a ocurrir, es prácticamente imposible encontrarlas fuera de los medios intelectuales y académicos.

El interés por desarrollar los estudios sobre el futuro alcanza cada vez a más países y, de acuerdo con datos del *International Journal of Futures Studies*, más de 80 países de todas las regiones del mundo están involucrados en el desarrollo de programas académicos para la formación de especialistas en la materia, en la realización de investigación sobre temas específicos y en la publicación de sus resultados.

En México, pocas personas conocen acerca de la existencia de este tipo de estudios y el número de investigaciones realizadas sobre tópicos del futuro es sumamente reducido. Es probable que los únicos trabajos que pudieran enmarcarse en esa tendencia sean los de los profesionales y académicos que trabajan en materia de economía, en tanto que sus análisis frecuentemente tienen como objetivo formular previsiones acerca del comportamiento a futuro de los fenómenos económicos. Algunos analistas políticos y las empresas dedicadas a realizar encuestas sobre las tendencias del voto ciudadano llegan a formular previsiones para plazos futuros pero muy inmediatos, de no más de un año, casi siempre para los periodos en que se realiza una elección, y aunque algunos trabajos se acercan a los verdaderos resultados electorales, en la mayoría de los casos nos enfrentamos a previsiones que destacan el uso de metodología maleable, los intereses creados por las propias empresas encuestadoras con los partidos políticos o los individuos que les contratan y la manipulación de datos numéricos.

Algunos autores literarios, como el francés André Bretón, decían que nuestro país es un caso típico del surrealismo, en donde las cosas no ocurren bajo un orden lógico y coherente, sino siempre de manera extraña e impredecible. Aunque no seríamos un caso único. En general, especialmente para el común del público europeo, América Latina se presenta como un continente lleno de situaciones sorprendentes e impredecibles, siempre presentando facetas de transformaciones sociales profundas y siempre volviendo a las prácticas del pasado dictatorial, de caudillos desfasados y de democracias a medias. No en balde Alejo Carpentier, Octavio Paz y tantos otros creadores literarios han visto a nuestro continente como un enorme laberinto en donde los extravíos son frecuentes, en donde no se sabe qué va a ocurrir siquiera en el futuro inmediato.

Percepciones de este género anularían las posibilidades de realizar cualquier tipo de estudios sobre el futuro, pero no podemos dejar de aceptar que planear hacia el futuro es

incluso una obligación y una necesidad para quienes asumen todo tipo de cargo directivo en todo género de grupo social, y que en toda el área latinoamericana debemos hacer mayores esfuerzos para que los planes de desarrollo que se diseñan en muchas instituciones para ir alcanzando sus metas, conforme previsiones determinadas, dejen de ser concebidos como meros actos protocolarios indispensables para cumplir con requisitos legales, pero a los que no vale mucho la pena conceder demasiada importancia, en tanto que los obstáculos para realizarlos surgirán siempre de manera imprevista, o porque siempre existirán riesgos de que se cambien las acciones previstas en ellos, por parte de las instancias jerárquicas superiores.

Para terminar con ese tipo de concepciones y de prácticas es recomendable y deseable cambiar nuestras percepciones, ópticas y actitudes frente a los tiempos del porvenir que llegarán irremediamente; es necesario que desde ahora se impulsen en nuestras universidades e instituciones de educación superior los estudios sobre el futuro; de otro modo – y aquí concluiría justamente con una previsión del futuro que nos aguarda tomando como punto de partida la prolongación del presente hacia el futuro–: de continuar con esas tendencias en la planeación a futuro de la vida de nuestros países, tanto en los espacios sociales públicos como en los privados, y particularmente en las instituciones educativas, lo que se puede esperar en los plazos próximo, medio y lejano es que se mantengan en los marcos de la improvisación, de la contingencia, de las acciones coyunturales, de la ineficacia y del desarrollo económico, social y político sin orden ni concierto, agravado –todavía peor– por la permanencia del subdesarrollo mental que constituyen serios obstáculos para impulsar las transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que necesita latinoamérica. 🇲🇽



BIBLIOGRAFÍA

- Descartes, R. (1981). *Discurso del método*. Col. "Sepan Cuantos...", No. 177. Porrúa, México.
- Groff, L. y Smoker, P. *Introduction to the Future's Studies*. <http://www.FuturesStudies.htm>
- Krickeberg, W. (1971). *Mitos y leyendas de los aztecas, incas, mayas y muiscas*. FCE, México.
- León –Portilla, M. (1983). *Antología. De Teotihuacán a los aztecas*. Lecturas Universitarias No. 11. UNAM, México.
- Russell, B. (1974). *La perspectiva científica*. Ariel, Barcelona.
- Willem, O. (1975). *Debate sobre el crecimiento*. 1ª ed. en español. FCE, México.